

LYDIA PADOVANI DE ORTIZ

*Narraciones*  
*y*  
*Algo Más*



EDITORIAL YO SOY LAJAS

---

## **Narraciones y Algo Más**

de Lydia Padovani de Ortiz

Esta publicación es  
propiedad intelectual de  
Lydia Padovani de Ortiz  
Todos los derechos reservados.  
Tiene permiso para citar  
pequeños segmentos,  
siempre y cuando  
ofrezca el crédito  
correspondiente.

© 2012

Primera publicación  
1980

Segunda Edición  
Diciembre 2012

Primera edición digital  
Diciembre 2012

**Editorial Yo Soy Lajas**  
PO Box 594  
Lajas, Puerto Rico 00667  
<http://www.editorialyosoylajas.org>

---

# Narraciones y Algo Más

Lydia Padovani de Ortiz



---

## Tabla de Contenido

Introducción .....	7
Metamorfosis .....	11
A Jorge Iván .....	15
Ser o No Ser .....	17
Las fiestas patronales de mi pueblo .....	23
Breve y personal reinterpretación de la historia de Puerto Rico .....	25
Réquiem para una plaza.....	31
Vi al Espíritu Santo .....	35
El camaleón.....	43
El pan nuestro de cada día.....	49
El regalo de boda .....	55
Los dos amigos .....	59
"Se hace camino al andar" .....	65



---

## Introducción

La recopilación de estas "Narraciones y algo más", obedece a dos motivos principales: en primer lugar, la resolución navideña dae hacer una limpieza general en mi sala de estudio, lo cual me llevó a emular al cura y al barbero de "El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha", con la consabida quema de libros y papeles.

Lo que leerán a continuación se salvó del escrutinio; no necesariamente por ser buenos, sino por ser mis querendones. Por otra parte, era la mejor oportunidad para regalar a los amigos y familiares algo que me salvara de la locura de los "chopin centers" en Navidad y que a su vez les recordara algunos eventos o situaciones reales o parecidos a algunos de sus compueblanos.

Por ejemplo, "Los dos amigos", "El camaleón" y "El pan nuestro de cada día", están inspirados en personajes reales de mi pueblo. El primero, alude a un compadre de mi padre, de "cuyo nombre no quiero acordarme", descendiente de familias muy conocidas en Lajas y quien, entre borrachera y borrachera, hacía de las suyas, burlando leyes y conceptos morales. En "El camaleón", el protagonista es el reverso de la medalla. Le adornan valores altamente positivos y su caballerosidad y humildad están entregadas a su amor a la patria.

Fije y Moroño, motes por los cuales eran conocidos antes y después de su vida, pasión y muerte, son las figuras legendarias del folklore pueblerino que rivalizan en "El pan nuestro de cada día".

Desde otro punto de vista, pero como parte de nuestro folklore, surge el tema de los OVNI. Durante los años de la efervescencia de los llamados platillos voladores, ocurre el cierre de la Laguna Cartagena, el natimuerto proyecto de un aeropuerto con su hotel y una avenida que lleva el pomposo nombre de "Avenida de los Extraterrestres". Para la elaboración de "Ser o no ser", recordé la invitación de mi hijo menor para irrumpir en el área de Sierra Bermeja, vedada aún su entrada por la milicia de los Estados Unidos, y ver de cerca el famoso Aerostato que según las Reales Fuentes del Gobierno de Puerto Rico, ayudaría a interceptar los cargamentos de droga. Hasta el presente, no he tenido conocimiento de la incautación de un triste cigarrillo de marihuana. El caso es que aquella aventura propia para Jasón y sus Argonautas, me dio pie para la narración, sólo que con un enfoque distinto: en lugar del manoseado tema de los feroces extraterrestres que quieren apoderarse del perfecto Planeta Tierra, he tratado de exponer el lado positivo de todos los seres creados, el reconocimiento de nuestras fallas y la oportunidad de superarlas.

"El regalo de bodas" es una ficción, pero no es improbable. En el peor de los casos, plantea el amor paternal, sólo que de una forma poco convencional. En cuanto a poesía se refiere, no acostumbro a plasmarla en blanco y negro. Gusto de leerla, la disfruto, es un gozo para mi espíritu y a veces me invita a la reflexión. No obstante, incluyo "Metamorfosis" en ese algo más, porque en cierto modo, narra una vivencia. Ese paso de la niñez a la pubertad es traumático las más de las veces, pero retador y definitorio de nuestra personalidad.

Finalizo esta breve recopilación con dos narraciones que tienen una significación especial para mí.



Una de ellas aún no tiene título. Es así porque al escribirla, tenía un final distinto; luego las palomas me obligaron a cambiarlo; fueron más poderosas que yo. El asunto de las palomas, por llamarlo de alguna manera, está muy ligado a mi niñez. Mi padre gustaba de la cacería y aunque aún condeno la extinción de muchas especies de nuestra fauna, en aquella época no se trataba de un deporte; era parte de nuestra dieta y se respetaba la cantidad de aves a sacrificarse, así como la época para la procreación de las mismas. A pesar del elemento ficticio, en la narración, tanto el tema como los detalles inherentes a los "protagonistas", provienen de mi padre. Para él, mi eterno agradecimiento.

Y para cerrar este esquema introductorio, si damos por cierto el dicho de que la historia se cuenta según el punto de vista de los vencedores, yo escojo contarla como un maridaje entre el hecho histórico y el arte de contar y tal vez resulte más fácil de digerir.

"Se hace camino al andar" es una interpretación histórico-poética que pretende destacar aquellos rasgos sobresalientes de tres culturas: dominantes y dominadoras las últimas dos, que han marcado, para bien o para mal, nuestro devenir histórico a partir de los comienzos del Siglo XVI. A diferencia de los demás relatos, en esta ocasión, no era yo la autora omnisciente; esta vez, la autora estuvo allí, convivió, compartió, sufrió y se regocijó al comprobar que aún nos falta mucho por caminar, pero el valor, la constancia, el fervor y el amor por la patria, determinarán cuál es la senda correcta.



# Metamorfosis

*A Javier*

Terciopelo en mis labios,  
para sentirlo.  
Luceros en sus ojos,  
aún dormidos.  
Arrullo de un ensueño,  
ya florecido.  
Realidad hecha presa,  
en mis sentidos.

Breve niñez  
pegada, a mi regazo.  
Pronto romperá amarras,  
su tierno lazo.  
Viejo canto de cuna,  
mezo a mi niño.  
Rumor de caracolas,  
en sus oídos.

Metamorfosis,  
larva.  
Capullo que revienta,  
creció mi niño.  
Juegos, risas, tesoros  
por descubrirse.  
Horizontes que se abren,  
al infinito.

Pasó la época rosa;  
Mil verdades descorren,  
el sutil velo.  
Ya de la barba siente,  
el cosquilleo.  
Y la vida es promesa,  
envuelta en besos.

El amor ha llegado.  
Y con él, el dolor;  
fiel compañero,  
que nunca uno del otro,  
fueron ajenos.  
Desazón, rebeldía,  
mil juegos nuevos.  
Y en cada uno de ellos,  
vas descubriendo,  
que la sabiduría,  
tiene su precio.

Viejo canto de cuna;  
se fue mi niño.  
Y me ha llegado un hombre,  
recién nacido.

Horizontes abiertos,  
llanura inmensa.  
Un nuevo Campeador,  
en la pradera.  
Se lanza a la conquista,  
no de unas tierras;  
sino de la verdad,  
de la belleza,  
del amor, la razón;  
y la nobleza.

Que tu nuevo nacer,  
una vez más;  
nos aboliera,  
de todo lo terreno,  
de la impureza.  
Que eternice tus sueños  
y te haga estrella.

Nuevo canto de cuna;  
mezo a mi niño,  
a mi niño ya hombre  
¡Dios te bendiga!

*(23 de marzo de 1984)*



## A Jorge Iván

Lajas, Puerto Rico  
27 de enero de 1998

Queridísimo hijo:

Dios ha querido que estés con nosotros un año más. A Él te encomiendo día a día y le agradezco que me haya concedido la gracia de abrigarte en mi seno y de traerte a este mundo, que con todos sus defectos, es lo más hermoso que tenemos. Por eso quise escribirte este cuento donde tú eres el protagonista. No es una joya literaria, pero reafirma que los hombres y mujeres y todos los seres creados, tienen un valor fundamental y que cada uno tiene la facultad de incrementar ese valor. Sé que tú lucharás por superar todos los obstáculos que se te presenten y que lo harás con la frente en alto, orgulloso de tus ancestros y de la estirpe que de ti surja. Tu padre, tu hermano, tu compañera y yo, te amamos mucho. Ese amor te dará la fortaleza que necesitas para conquistar el Universo entero.

Tu Ángel alado,

Mami





## Ser o No Ser

(William Shakespeare en *Hamlet*)

La primera vez que Jorgiván asegura haber visto aquella cosa brillante en el espacio, fue una noche en que venía de La Parguera hacia Lajas, a eso de la una de la madrugada después de que la Ley Seca les aguó la fiesta a él y a su grupo de amigos. Uno a uno habían ido desfilando y sin darse cuenta se vio solo, de patitas en la calle, dándole fin a la última Medalla. De mala gana, abordó su pequeño Toyota y tomó la única vía de acceso hasta su casa. El trayecto era breve, poco transitado y sólo de vez en cuando, algún conductor rezagado iluminaba brevemente la vía contraria y casi al instante la oscuridad se adueñaba nuevamente de la carretera. Al llegar al cruce de Maguayo, la luz intermitente del aerostato le recordó que estaba muy cerca de su casa, sin embargo, torció a la izquierda y las Medallas, más que la lógica racional, le impulsaron a averiguar qué había más allá de aquel diablo volador. Sin embargo, antes de cruzar las vallas con las cuales el Ejército de los Estados Unidos impedía el paso a su clandestina base militar, aquella luz que apareció de repente y sin saber de dónde, le espantó el poco sueño que tenía, le pasmó la juma que tanto le costó ganar para después dejarlo puyú, porque desapareció con la misma rapidez con la que había llegado.

Jorgiván esperó por una nueva aparición del fugaz brillo, exploró unas suaves colinas de las cercanías, violó la seguridad de las vallas militares y penetró en la Laguna Cartagena, área incautada recientemente por la Marina. Esperaba que algo insólito

sucediera; no sabía qué ni cuándo pero esperaba. Sólo cuando la luz solar comenzó a asomarse por el Oriente de la Isla, comprendió que ya nada sucedería y decidió irse a dormir.

Cabe señalar que el interés de Jorgiván por las extrañas apariciones reportadas en Puerto Rico, especialmente en el área de Lajas, no era algo repentino o momentáneo. Le apasionaba el tema de los extraterrestres. Había leído abundante material sobre el tema, conocía casi todos los reportajes filmados al respecto; la existencia del famoso Libro Azul de la Fuerza Aérea estadounidense no era un secreto para él y había sostenido entrevistas con grupos de personas no sólo conocedores del asunto, sino que muchos de ellos aseguraban haber tenido algún tipo de contacto con seres o naves provenientes de otros puntos del Universo. Aparte de estas experiencias vicarias, Jorgiván observaba el cielo de día y de noche, a simple vista y con unos potentes binoculares que había adquirido por medio de un catálogo que aseguraba que con éste podían verse hasta los pensamientos de los extraterrestres. Muchas de sus excursiones tenían como punto de partida, aquellos lugares señalados por la frecuencia de avistamientos de OVNIS: el Yunque, la Laguna Cartagena o las montañas del interior. Otras veces enfocaba su atención hacia la aparición de seres con características extrañas a los seres comunes y corrientes. Estos incluían desde las momias de Egipto hasta el controvertible Chupacabras. En otras palabras, no había ángulo del tema que estuviera libre de su ojo inquisidor. Pero en realidad, lo que obsesionaba a Jorgiván era la posibilidad de un encuentro real, estilo E.T. con una nave o un ser oriundo de cualquier punto del Universo excluyendo la Tierra. Se imaginaba a sí mismo "conversando" con uno de aquellos seres de luz, aprendiendo de su maravillosa inteligencia o visitan-

do una de sus fabulosas naves, equipadas con los más sofisticados instrumentos. Conocería, al fin, el misterio de tantas cosas inexplicables: el origen de las maravillosas figuras geométricas del Valle de Nazca, la majestuosidad y complejidad de las pirámides egipcias y su inexplicable similitud con sus homólogas de México y Perú, la precisión matemática con que los mayas organizaron su calendario y otros tantos misterios aún no resueltos por el hombre.

Mientras esta eventual oportunidad se presentaba, Jorgiván continuaba su rutina en los abatares de la vida diaria. Fue precisamente dentro de esa rutina y cuando menos lo esperaba, que el momento soñado le sorprendió en ropas menores.

Había llegado temprano de su trabajo y luego de un baño refrescante y una abundante cena de viandas con bacalao, pensó que un buen cafecito sabría mejor si lo tomaba en el balcón de la casa, observando cómo el sol dejaba paso a la luna, esta vez por el occidente del terruño. Por encima de la taza de café observó la rapidez con que el astro se sumergía en el horizonte, como si unas enormes fauces se lo tragarán sin apenas masticarlo. Terminó de saborear la adictiva infusión y se regodeó en ese maravilloso momento en que la luz y las sombras se funden brevemente, igual al café con leche, para imponerse al fin la total oscuridad. Ya iba acostumbrándose a ella, cuando aquella luz azulverdosa lo sacó de sus abstracciones metafóricas. Se quedó inmóvil, pero alerta. No podía desperdiciar aquella oportunidad que nuevamente se le presentaba. Pensó que desaparecería con la misma rapidez que la vez anterior, pero se equivocó. Lo que generaba aquella luz espectacular, permanecía inmóvil. Jorgiván sentía que era observado; las células de su piel recibían la sensación de la compañía de unos seres que flo-

taban en el espacio, casi fantasmales, aunque, curiosamente no le inspiraron temor. Sintió que su propio cuerpo se aligeraba y se dejó ir. Se encontró penetrando por un túnel cuyas paredes exhibían toda la historia de la Creación. Había allí la más perfecta exposición de todas las criaturas habidas y por haber; sus inventos, sus logros y fracasos, su pasado y su presente, la vida y la muerte, la verdad y la mentira, la belleza en su máxima exposición y el rostro más repugnante de la fealdad. A medida que avanzaba creía reconocer algunas de aquellas imágenes. Se regocijó cuando identificó al Planeta Tierra y buscó afanosamente un punto minúsculo cuya forma estaba grabada en sus poros. Perdida en el Caribe, la isla de Puerto Rico se agrandó ante sus ojos. No pudo contenerse y acarició aquel punto en la pared del túnel. Al instante, como si apretara el botón de una gigantesca computadora, la Isla se desnudó ante sus ojos en toda su magnitud. Embelesado por aquel espectáculo, no había percibido la presencia alada; su "voz" le sacó de su abstracción:

— *Veo que has identificado el lugar de donde provienes. Desde aquí podrás ver la parte oscura de tu Isla a la que has idealizado. Si lo que ves, no te gusta, te invito a permanecer con nosotros. Aquí encontrarás una larga existencia donde sólo reina la quietud y la serenidad. Tu decisión será respetada y ejecutada al instante.*

Tan pronto terminó de hablar, una sucesión de imágenes desfiló ante Jorgiván. Observó las luchas entre caribes y taínos. Vio cómo los primeros mataban y devoraban a los segundos y luego robaban a sus mujeres. Posteriormente unos blancos barbudos llegaban a la Isla, se apoderaban de ella y de su gente como quien

compra un pedazo de tierra como ganado vacuno. Les aporrearón a gusto y gana, violaron a sus mujeres y con la excusa de la religión, los sometieron en encomiendas. Cuando los exterminaron, trajeron a unos negros a sustituirlos. A éstos les fue peor; les privaron de su libertad, de sus creencias y de su dignidad como seres humanos. Aún les consideran seres inferiores. Con el correr del tiempo, las diferencias de raza, credos y patrones culturales, se creó un pueblo dividido, cobarde y siempre supeditado a otra nación a la que consideran superior. Observó Jorgiván, cómo una cantidad de vagos y mantenidos daban vivas a unos individuos rubios, ojiazules que a su vez le daban de patadas por el culo. Los robos, las violaciones, la brutalidad y la corrupción gubernamental eran la orden del día. Visto desde arriba, en vivo y a todo color, el cuadro no podía ser más desolador. Antes de que el lagrimón que empañaba sus ojos le cegara por completo, Jorgiván colocó su mano sobre aquel punto del Caribe; quería borrar aquella imagen que le humillaba y empequeñecía como ser humano y como puertorriqueño auténtico. Pero inexplicablemente, en lugar de apagarse, la gigantesca pantalla volteó la faz de la Tierra y mostró a un sorprendido Jorgiván, la otra cara de su querida Isla. Observó entonces a unos jíbaros sudorosos y cansados pero orgullosos de la labor realizada; se conmovió ante su generosa hospitalidad y su alegría de compartir; admiró una jaibería y una inteligencia natural estimulada por una fuerte voluntad de lucha y superación; le emocionó el amor a la familia y la abnegación y belleza de sus mujeres; le llegó al hondón del alma su música, sus costumbres, su lucha por la libertad individual y colectiva y el respeto por la dignidad humana. Se recreó ante la majestuosa explosión de una naturaleza tierna y agresiva a la vez, exhibiendo todos los tonos de verde, preñada de flores y pája-

ros, con un sol de hierro encendiendo voluntades y con un mar arrullador despertando sueños.

La imagen alada se acercó a Jorgiván en busca de una respuesta. Esta no se hizo esperar:

*—Soy una síntesis de esos dos mundos. Nací de un crisol de razas y me formé en los valores más auténticos de mis antepasados. A pesar de ello, he caído en varias ocasiones, pero la fe en un Dios que no he visto, pero que está presente en todo lo que me es conocido, me ha ayudado a levantarme de nuevo. Amo todo lo bueno que hay en el ser humano y lucho día a día para rechazar aquello que nos deshumaniza. Hoy he recibido una gran lección: Muchas veces nos ciegan las luces y el oropel y vamos, cual la mariposa, a quemar en ella nuestras alas.*

La voz alada llegó a sus oídos con tono doctrinal:

*—Has hablado sabiamente. La sabiduría es el mayor tesoro que puede poseer todo ser creado. Vuelve a la Tierra y haz tu trabajo.*

La segunda taza de café la tomó aquella noche Jorgiván, acompañado de Zoralis. Ella nunca supo por qué cuando su marido vio cruzar por el cielo aquella estela de luz, saludó y murmuró: ¡Gracias, Hermano!

*(enero de 1998)*

## Las Fiestas Patronales De Mi Pueblo

Una vez más se celebran en mi pueblo las tradicionales fiestas patronales. Una vez más, y por nueve días con sus noches, el pequeño pueblo de Lajas sacude su modorra para disfrutar del bullicio y la algazara que provocan el ruido de los cohetes, la música y los diversos artefactos de entretenimiento.

Hay revuelo, repique de campanas, trajes nuevos y esperanza en los corazones de las muchachas que esperan respuesta a sus plegarias a San Antonio. Se cierran las calles. El olor a bacalaitos fritos nos anuncia desde lejos que los quioscos a beneficio de una u otra entidad ya están en pie. Muchos jóvenes y algunos adolescentes eternos, después de varios empujones y apretones, logran llegar hasta la "estrella" o las "sillas voladoras" para disfrutar de un par de vueltecitas a cambio de una peseta.

Como lajeña ausente y siempre presente, a quien la metropolitana capital no ha logrado asimilar, quisiera tomarme este año la atribución muy personal de hacer una dedicatoria muy especial a unas figuras de honda raigambre en nuestro pueblo. No han realizado grandes proezas; no brillan social ni políticamente. Ni siquiera sé sus nombres y apellidos completos; sólo los motes por los cuales el pueblo los ha conocido siempre.

Pero no creo que sea necesario. ¿Habrán un solo lajeño que sea incapaz de recordar el estilo indiscutible de Pelayo al mondar una china? ¡No hay en todo Lajas quien lo haga como él! No puede tampoco preciarse de lajeño auténtico aquel, que no haya saboreado tus piraguas frente al extinto Teatro Rairi.

Humildad y sonrisa franca vi siempre en la figura de Toña. Tu ascendencia africana te hizo dura y ágil, así como glamorosa con tus grandes pantallas y collares, tu pañuelo en la cabeza y tu falda de colores. ¿Cuántos pisos has limpiado en las casas de tus compueblanos más afortunados? ¿Cuántas prendas ajenas has lavado en la pequeña quebrada que pasaba por detrás de tu casita? No sé, Toña, si vives aún o si has ido a unirme en los cielos a tus compañeros de lucha.

Allí estará de seguro Rate la Cotona, aquella que no faltó un solo velorio y entierro de todos los que le procedieron en el Viaje: ricos y pobres, sin banderías políticas, sociales ni religiosas. ¿Cuántos de los lajeños a los que tantos mandados hiciste y a los que acompañaste a su última morada, fueron a tu velorio, a tu entierro?

Recordemos a Perules, maestro de su "acordeón de lata" y campeón invicto en las competencias de comer pasteles; a Pascual el Bobo, que en su inocencia de retardado era el entretenimiento de la muchachería que por travesura lo mantenía largo rato aguantando los postes de la luz par que no se cayeran...

¡Gente y esencia de mi pueblo! No puedo pensar en mi niñez sin que ustedes formen parte de ella. A ustedes, presentes y ausentes, mi humilde homenaje... porque son ustedes honda raíz de nuestras costumbres y tradiciones, folklore anónimo que perpetúa nuestra existencia de pueblo, tipos populares que no escriben la historia pero que la hacen.



## Breve y personal reinterpretación de la historia de Puerto Rico

Nuestro pueblo es el número uno en aquello de estar a la moda. No hay quien nos ponga un pie "alante" a la hora de bailar al son que esté al tope del "hit parade"; nos vestimos como monos si el diseñador o la marca del momento así lo determinan; comemos, vestimos y respiramos a gusto y placer de los medios publicitarios y hasta hacemos el amor según las pautas dictadas por el último sexólogo que está "pegao", aconsejando las mismas malas mañas que ya Adán y Eva habían descartado como "pasás".

Como puertorriqueña, no puedo escapar a la tentación de unirme a lo último de la Avenida, a lo que está "in" y fachendoso en este momento. ¡Se han puesto de moda los historiadores"! ¡Alabado Sea! ¡Salamaya! Con este nuevo embeleco me he puesto a repasar mis años de estudiante y surgieron a mi memoria figuras como, Gonzalo Fernández de Oviedo, Pedro Mártir de Anglería, Salvador Brau, Eugenio Fernández Méndez, Lidio Cruz Monclova, Arturo Morales Carrión, Luis M. Díaz Soler, Luis Nieves Falcón y muchos otros distinguidos historiadores nuestros. Pero no crea que voy a desempolvar ahora aquellos legajos. Esos son otros veinte pesos.

Me refiero a la nueva hornada de historiadores "ad honorem" y "ad encargum" tales como doña Norma Burgos, doña Cucusa Hernández y al Decano de todos ellos: don Carlos Romero. Como al fin y al cabo, ellos y yo somos del "boom" de los 90, en cuanto a este tema se refiere y como decía el insigne Ji-

barito aguadillano: "Cada cual con su derecho y yo con el mío también", me arriesgo a someter a la consideración de mis paisanos, mi interpretación de la historia patria, ya que tal vez les pueda ser útil a mis colegas del "boom".

Comienzo por aclarar que la colonización y conquista de esta bendita isla no hubiera tenido el éxito alcanzado a no ser porque Guanina, india taína con todas las de la ley, no se hubiera enamorado perdidamente del Capitán Sotomayor, prototipo del hombre guapo, bien plantao, blanco, abusador y con ese acento en lengua extranjera que vuelve locas a muchas mujeres nacionales, digo, nativas, jipatas, con un colorcito medio "mesturao" y con muchos deseos de progresar. Esa amistad contribuyó grandemente a la consolidación de la conquista aunque a la pobre jipata le costó la vida.

También he podido corroborar que Juan González, mejor conocido por el apelativo de "el lenguas", en su calidad de traductor, salvó su pellejo en la guasábara de 1511 porque en el momento en que los taínos lo tenían acorralado, puso su mano sobre el corazón, cantó el "Star Spangled Banner" y juró la ciudadanía taína. ¡Bobo que era el tipo! Esa jaibería le faltó a Juan Ponce de León al descubrir la Fuente de la Juventud. No quiso aceptar un contrato con las embotelladoras del país que hoy hacen su agosto a costa de la ineficiencia de nuestro sistema de Acueductos y Alcantarillados. Don Juan hoy sería millonario.

Por otro lado, no sé por qué nos quejamos de problemas como el alcoholismo, las drogas y del macaneo de estudiantes por parte de la policía. Los caribes y taínos macanearon a los benefactores que vinieron a traerles la civilización, una civilización que los agrupó en encomiendas y que los puso en

contacto, por primera vez, con la sífilis y la gonorrea. Agüeybaná II, al celebrar el areyto, se emborrachaba y se embalaba con la cojoba. ¿Por qué cargar con esta mancha histórica si con el pago de una cuota a "Empresarios con el Cacique", podía celebrar el areyto en una discoteca con "happy hour", uno que otro "pasesito" y entrar a la categoría de hombre sociable y civilizado?

La representación de Puerto Rico en las Cortes Españolas por don Ramón Power y Giralt, en 1812, definitivamente fue un fallo monumental. ¿Cómo podía tener éxito semejante empresa sin la inversión de por lo menos 22 millones de pesetas españolas pagados por la ínsula a los cabilderos? Y "La Gaceta de Puerto Rico", germen del periodismo nuestro, ¿a dónde iba a parar si aparte de carecer de apoyo financiero, sufría bajo la ley de la mordaza, cosa que hoy, —lo de la mordaza— es algo olvidado y repudiado especialmente por el Honorable Secretario de Prensa del Gobierno?

¿Y qué me dice usted de un grupo de locos como Brugman, Manolo el Leñero y "las beneméritas ciudadanas" que se atrevieron a proclamar en Lares en el 1868 la República de Puerto Rico cuando todos sabemos que sin un líder como Jorge Washington, no íbamos para ningún sitio, aparte de que el término "república" es propiedad única y exclusiva de U.S.A.? Es que nosotros no aprendemos los buenos ejemplos. ¿Por qué tuvimos que abolir la esclavitud en 1873, así, sin pena ni gloria, pacífica y civilizadamente, cuando nuestros héroes del Norte lo hicieron por todo lo alto y se esmandaron en una guerra de cuatro años que lleva como nombre poético "la Guerra de Hermanos"?

Otro asunto al cual nuestros antiguos historiadores han tratado muy mal es el de la Guerra Hispano-

Norteamericana. Esta se trató, realmente, de la visita de un grupo de empresarios norteamericanos, los cuales vinieron a privatizar a Puerto Rico en un pacto bilateral de libre comercio a petición del doctor Rosselló. Estos llegaron a la Isla a bordo del "Queen Mary" y los bombazos que se escucharon por las cuatro esquinas de Puerto Rico, no vinieron de la artillería comandada por Brooke y Miles. Estas son meras habladurías de los ignorantes que quieren hacerle daño a la imagen de una nación que celebra ese tipo de actividades con fuegos artificiales. Con la llegada de los visitantes del "Queen Mary", el jíbaro puertorriqueño, deja de ser oprimido; trabaja en el cañaverl de sol a sol, "locos de contentos con su cargamento" porque tienen la ciudadanía americana y la promesa de la tarjetita de salud que los liberará de la uncinariasis, la anemia perniciosa y el Sida.

La visión que de el jíbaro "agregao" nos trajeran Abelardo y Laguerre, entre otros, es producto de mentes prejuiciadas, de un pequeño grupo de seudointelectuales fabricados en la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras cuya asignatura preferida es la elaboración de bombas para ser colocadas en empresas propiedad de los Benefactores de la Patria y Padres de la Patria Nueva.

Pa' que tú lo sepas, este jíbaro ha evolucionado: es hoy un rozagagante ejemplar que baila la macarena, es recipiente del mantengo, perdón, del PAN nuestro de cada día, versión reciclada del execrable gobierno de las tres B: baile, baraja y botella.

Los poetas, trabajadores del arte, historiadores, científicos, periodistas y otros por el estilo, deben aprender de las ideas de avanzada en la educación impulsadas por don Víctor Fajardo. ¿A quién se le ocurre, en estos tiempos, imitar al Maestro Rafael, a doña Carmen Gómez Tejera, a doña Margot Arce de

Vázquez, a doña Concha Meléndez, forjadores de buenos maestros, de nobles ideales, de sueños hechos realidad por miles de puertorriqueños probos y talentosos que hoy nos dan lustre en todos los aspectos del saber humano?

Si la doctora Carmen Feliciano, por ejemplo, hubiese estado a cargo del Departamento de Salud cuando en el 1856 el cólera morbo hizo estragos en la población del país, seguramente todo hubiera sido comparable a una gripe pasajera pues con los maravillosos experimentos de la doctora –los mosquitos y el balde de agua—tenemos asegurado pueblo para rato; mejor aún, la historia de la NACIÓN puertorriqueña –sin complejos, doña Norma, puede contar con grandes juglares que la ensalcen y la perpetúen.

Yo, por mi parte, cierro este capítulo añadiendo un nuevo dato histórico para beneficio de doña Norma. Se me olvidaba aclarar, al comienzo de esta disertación, que Cristóbal Colón no desembarcó ni por Aguada, ni por Cabo Rojo ni por ningún otro lugar que no fuera la "Quebrada del Mondongo" de mi querido pueblo de Lajas.



## Requiem para una plaza

*"Piedad Señor para mi pobre  
pueblodonde mi pobre gente se morirá  
de nada"*

— Luis Palés Matos

Desde que las tradicionales fiestas patronales salieron de la plaza pública, me niego a aceptarlas como tales. Puedo admitirlas como feria, pachanga, bembé o como una prolongación del baile, baraja y botella del nefasto gobierno español de las tres "B". Pero nunca más con el sentido religioso, fraternal, costumbrista y folclórico que tuvieron otrora.

La Plaza era, para mi generación, como el "ágora" para los griegos: el centro de la vida ciudadana. Era la prolongación de la Iglesia; no sólo por su ubicación física, sino porque el sacerdote, familiar y conocido, al concluir el rito religioso, se unía a sus feligreses para compartir sus alegrías y sus calamidades. En cualquiera de sus esquinas se formaba la tertulia: en una de ellas, mi padre, Bifre, Tito Marty, don Ernesto Vargas, hablaban de gallos y de cacería; en los bajos de la inolvidable Terraza Figueroa, don Arturo, don Enrique, Ever Ortiz, Toño Camacho y otros, se enfrascaban en un torneo de dominó; en la esquina opuesta y frente al extinto Teatro "Rairi", Pelayo hacía su agosto, dando cátedra en su arte inigualable de mondar chinas. El quiosquito de don Héctor, era un apéndice de la Plaza. A pesar de su espacio reducido, allí se podía encontrar, desde los chiclets "Adams", hasta la bebida espirituosa que encampanaba los ánimos.

Temprano en la mañana y en las primeras horas de la tarde, la Plaza era el refugio de los alumnos de la Academia San Luis y de los que subíamos de la

Muñoz Rivera en ruta hacia El Tokío, La Haya, Ancones, El Cerro y La Calle Abajo. Pero era durante la celebración de las Fiestas Patronales, cuando verdaderamente la Plaza Mayor, tomaba su auténtico significado.

El novenario, dedicado a nuestra Patrona—la Virgen de la Candelaria—era el "leit motiv" de la festividad. Se cerraban las calles, había repiques de campanas, revuelo entre las muchachas que estrenaban sus vestidos con la esperanza de encontrar quién pusiera fin a su soltería. El olor a bacalaitos fritos y el ruido de las machinas, alteraban la monotonía del pueblo y el primero de los fuegos artificiales, al estallar, era la señal para que la música comenzara. A su compás, las jóvenes, tomadas del brazo, formaban un círculo que giraba, interminable, alrededor del laurel solitario. Otro círculo exterior era formado por los varones, "tasadores" galantes de la "mercancía" bellamente engalanada para la ocasión. De lejos, las mamás, entre chismes de comadres, vigilaban sus pollitas de los presuntos gavilanes.

Era una Plaza viva. Pero precisamente, porque tenía vida, sucumbió al trágico ciclo de los humanos. Comenzaron por derribar el laurel de su centro. Fue una mutilación, una castración; nos cortaron el ombligo por segunda vez. Con él se llevaron aquel amigo fiel, testigo de tantas ilusiones, de tantas miradas preñadas de sueños. Administraciones posteriores cambiaron su diseño; una de ellas la ahogó con una plasta de cemento que resultó un insulto contra el buen gusto ciudadano. Años después se rediseñó: mejoró su aspecto al sembrar nuevos árboles. A partir de entonces, las Fiestas Patronales salieron de pueblo. Las sacaron a patadas, sin misericordia, sin consultar a nadie. Adujeron que los artefactos mecánicos y la propia gente, la dañaban y



la destruían. Se las llevaron al campo atlético y luego al estacionamiento de un Centro Comercial. La Plaza empezó a morir y las Fiestas Patronales perdieron su carácter tradicional. ¿Cuántos niños y jóvenes saben hoy que esas fiestas tuvieron un origen religioso cuya advocación a un santo patrón o patrona forman parte de nuestra historia y de nuestro folclore? Se convirtieron en una desagradable feria, exponente, en muchas ocasiones, de vulgaridad y chabacanería. Con perdón de sus fanáticos. Si algo bueno queda de ellas, es la oportunidad de reencontrarse con antiguos amigos y entre cerveza y cerveza, evocar aquellos tiempos.

Nuestra Plaza Mayor es hoy una Plaza muerta; un monumento a la nada. Se acabó la tertulia, los paseos, los encuentros furtivos; se perdió su Humanidad. Generalmente, los líderes políticos expresan que dan a su pueblo, lo que a éste le gusta. Pero los líderes políticos también tienen el deber de educar, de estimular el buen gusto y, sobre todo, el atreverse a buscar nuevas alternativas. No siempre lo moderno va reñido con la sensibilidad de un pueblo. ¿Por qué no revivir la Plaza Mayor? ¿Por qué no proveerle a nuestra gente, nuevas y mejores alternativas de sano esparcimiento? Recién se estrena en nuestro pueblo un Alcalde joven, educador, entusiasta, con posibilidades de iniciar cambios. ¿Qué tal si ensayamos en nuestra Plaza el estreno de una obra teatral (talento tenemos de sobra), o un festival de música folclórica, o de música "rock", o una retreta, o un torneo de dominó, o una feria artesanal que de paso le dé vida a nuestros artistas más auténticos, o un concurso de trovadores, o competencias deportivas, o una venta de antigüedades, o una feria agropecuaria, o charlas sobre cómo conservar el ambiente y otras tantas que estoy segura de que

---

surgirán de las mentes talentosas de nuestra gente? La sugerencia es gratuita y el deseo sincero. Creo que vale la pena intentarlo por lo que una vez fue nuestra esencia de pueblo, por los que amamos el pasado, pero aspiramos a una mejor visión del futuro. De no hacerlo así, sólo nos resta murmurar un "Requiescat in pace" por "nuestro pobre pueblo, que morirá de nada".

*"Vi al Espíritu Santo que descendía como paloma y reposó sobre él"*

— *Evangelio según San Lucas*

Ya no soporto más este cagadero. Mierda por todos los rincones de la casa: en las plantas, en las columnas, en los balaústres del balcón. No se salvan las lámparas ni la hamaca que a veces dejo descuidada sin pensar en el ataque blanquinegro que llega de momento, cuando menos te lo esperas. La invasión es cuidadosa, planificada. Llegan, observan el lugar, se aseguran de que no haya intrusos a la vista; pasean moviendo sus colitas como maricón que luce pantalón muy ajustado y revolotean otro poco. Si no hay moros a la vista, depositan una pajita, vuelven por otra y así una y otra vez. Entre col y col, van decorando los tiestos, el piso, las mesitas.

No puedo contenerme; salgo y las espanto, las amenazo con un palo, amenaza que acompaño con un sonoro ¡Cabronas! Como si me entendieran. Otra vez vuelta a la escoba y la manguera. Destrozo el recién comenzado nido. ¡A hacer nidos al carajo! Respiro profundo y me quedo un rato en vela, como espantapájaros viviente, mojada, palo de escoba en mano. Cansada de la guardia, cierro la puerta de la terraza y entro a la casa. Debo tomar las cosas con calma, la agitación me está matando y la presión está por las nubes.

Gracias al papel transparente de 3M puedo observar todos sus movimientos. Me siento como testigo de una película policiaca que debe identificar, a través de un cristal, a un supuesto criminal que por

lo general es feo, negro y está jodido. Tomo posición y espero. La primera en llegar es una paloma grande, pechugona. Se acerca al cristal y me enfrento a unos ojitos redondos que parecen mirarme en forma penetrante, atrevida, retadora. Eso me parece a mí. Un lagartijo que brinca de una mata la distrae un momento y deja de mirar hacia el cristal. Explora el área y se detiene cerca de un acondicionador de aire. Entre éste y la pared hay un espacio pequeño, privado, bueno para hacer un nido. Si yo fuera paloma, me hubiera gustado un lugar así, íntimo, rodeado de plantas y sin pagar alquiler. La pechugona pasea otra vez, contonea el fondillito, rúa como dando su aprobación y emprende el vuelo. A los pocos minutos regresa acompañada.

La sangre empieza a calentárseme de nuevo. Si ellas van a tomar acción, yo voy al contrataque, sólo que esta vez con una nueva estrategia. En algún lugar oí decir que estos animalitos se ahuyentan colocando algún objeto que se mueva con el aire. De más está decir que amarré, por toda la baranda de la terraza, todas las bolsas plásticas que encontré. Walgreens, Pueblo, Mr. Special y Me Salvé, jamás tuvieron una publicidad más amplia ni gratuita. Mi hija comentó:

*—Mami, ¿Te has vuelto loca? Es la cosa más horrorosa que he visto.*

Luego me enteré de que un vecino había comentado que yo estaba dando muestras de senilidad. La verdad es que no me importaba lo más mínimo. ¿Quién de ellos limpiaba mi casa? ¿Cuántos tenían que soportar la cagadera y aquel rúar constante que me ponía los pelos de punta? En cuanto a las bolsas, todo fue bien mientras el viento sopló. La naturale-

za fue generosa un par de semanas, pero el implacable clima caribeño se hizo sentir en un calor de madre. No se movía una hoja; las bolsas parecían mamarrachos colgantes y opté por arrancarlas con la misma furia con que le hubiese arrancado la cabeza a aquellos monstruos voladores.

Fue entonces cuando pensé envenenarlas por primera vez. Agregué una gran cantidad de cloro a varios envases con agua y los distribuí por lugares estratégicos del balcón y la terraza. Aparte de varios infortunados lagartijos y de la perra intoxicada, las bajas no aparecieron por ningún sitio; al contrario, ahora disparaban la mierda con una puntería, hacia el cristal, que no tenía nada que envidiarle a la lluvia cruzada que vi durante el huracán Hugo.

Francamente tenía que admitir que estaba perdiendo la batalla, pero si perdía el control de mí misma, no tenía salvación. Así que me tomé dos Valium, respiré profundo y llamé al exterminador que regularmente fumigaba mi casa. Este me recomendó algo que según él, era infalible. Se trataba de un pegamento el cual debía regarse por la superficie afectada; al pararse las aves, quedarían atrapadas y era fácil capturarlas. La idea me pareció genial. En mi estado de ánimo, si me hubiera recomendado la bomba atómica, me hubiese parecido igual. De la fantasía me sacó la voz pragmática de mi marido:

— *¿Y qué vas a hacer con ellas después que las agarres?*

A pesar de la dulzura y sensatez de sus palabras, me dieron ganas de morderlo. ¿Por qué nadie me ayudaba? A nadie parecían mortificarle aquellos pajarracos antihigiénicos. ¿Es que nadie agradecía mi esfuerzo por mantener la casa limpia y en or-

den? Debería dejarlos que se ahogaran en la mierda, que las palomas se multiplicaran y les sacaran los ojos como en la película aquella.

Como nadie—nadie eran mi hija y mi marido—agregó palabra alguna, tuve que volver solita a la realidad. ¿Qué diablos iba a hacer con las dichas palomas?

Me sentía tan abatida que decidí darme una tregua. Accedí acompañar a mi hija a la Isla, con lo que mataría dos pájaros de un tiro: visitaría a mis padres y aprovecharíamos para entregar, a toda la familia, las invitaciones para su próxima boda. Conversando con ellos despejaría mi mal humor y mi frustración y quien sabe si con sus consejos caseros, pudieran sugerirme alguna solución práctica para lo que ya había dejado de ser un problema común para convertirse en algo más serio. Después de comer, jugar un dominito y discutir todos los chismes de familia, aproveché para preguntar a los Viejos si conocían de algún remedio para espantar a las palomas caseras.

— *¿Qué te pasa con ellas, preguntó el Viejo?*

— *Me tienen la casa de letrina; no puedo salir a la terraza a coger un poco de fresco ni sentarme en una silla tranquila sin tener que limpiar todo antes—le contesté casi llorando.*

— *Pero hija, me contestó, si esos animalitos son inofensivos. Yo hasta le estoy agradecido porque muchas veces nos mataron el hambre.*

Callé. En aquel instante no podía emitir sonido alguno. Me sentí sobrecogida por algo que empeza-

ba a llegar a mi cerebro como retazos de una novela por entregas. Poco a poco la escena fue fluyendo, borrosa al principio, imprecisa, confusa hasta que las imágenes tomaron forma más definida. Pude distinguir varios niños y niñas sentados a la mesa. Dispuestos frente a ellos, para la cena, una hilera de platos cuyos contenido no alcanzaba a identificar. Los niños y niñas debían esperar a que el señor que estaba sentado al extremo de la mesa, diera la orden de servir. Cuando la señora que estaba a su lado recibió el visto bueno, los niños y niñas recibieron en sus platos una ración abundante de asopao de paloma, arroz con paloma, palomas fritas, caldo de paloma. La imagen de una paloma saltando del plato me trajo de nuevo a la realidad. ¡Santo Dios! Ahora entendía mi aborrecimiento por aquellos animales. Recordaba a mi padre, escopeta al hombro rumbo a los montes para luego traer a nuestra casa, como botín de guerra, todo aquello que volaba y que nosotros debíamos ingerir sin chistar.

Como un rosario, escuchaba a mi padre hablar de un tema que a él le venía como anillo al dedo:

*—De Santa Isabel a Boquerón, abundaban las tórtolas. Las había cardosanteras, aliblancas, rabiches y cubanitas. Pero las más bonitas eran las palomas turcas, las cabeciblancas y las egipcias. Había muchas en Isla de Mona y Maricao y tenían un cuello tornasol ¡tan bonito! Ya se están acabando. La gente las mata por chiste, no por necesidad.*

No sé por qué las últimas palabras del Viejo me sonaron a reproche. Quizá no fue su intención, pero así lo sentí. Para colmo, mi madre tomó vela en el

entierro y empezó a hablar de que si los caldos de paloma que tomaba después de los partos, que si lo bien que le habían venido, que si lo bonitas que se veían las palomas que soltaban cuando venía el Papa y que si qué lindas las que echaban a volar en las Olimpiadas y que si la paloma era el símbolo de la paz y que si cuando Noé bajó del Arca lo primero que vio fue una paloma y que si la paloma es el Espíritu Santo y todas las pendejadas que aprendió en la Hora Santa con las Hijas de María. Para no desentonar, les pedí la bendición y me despedí.

Durante el viaje de regreso, mi hija me distrajo un poco contándome sobre los preparativos de la boda. Estaba muy ilusionada con todos aquellos embelecocos y sólo hablaba de vestidos, arreglos florales, decoraciones e invitados. Yo pensaba en las decoraciones que encontraría en mi casa. ¡Sabrá Dios lo que habrían hecho durante mi ausencia.

*—Mami, ¿ya escogiste el vestido para la ceremonia? Escuché como a lo lejos.*

*—Sí, ya tengo algo visto—le respondí—pero en realidad no tenía cabeza para esas chucherías.*

*—Necesito que me ayudes en la decoración del local.*

Para decoraciones estaba yo. Sin embargo, me escuché a mí misma decir:

*—Te ayudaré en todo lo que pueda aunque no tengo mucha gracias para esas cosas.*

*—No pareces muy entusiasmada.*



Me sentí culpable. La verdad es que durante todos aquellos días, lo único que ocupaba mi mente era un afán de exterminio, irracional si se quiere, pero lo suficientemente avasallador como para haberme aislado de mis seres más queridos. Miré a mi hija lo más amorosamente que pude y le contesté:

*—¡Cómo no voy a estarlo! Eres mi única hija y sabes cuánto te quiero.*

Pareció animarse y volvió a la carga.

*—¿Qué tú crees si adornamos el besamanos con dos palomas blancas como símbolo de amor y pureza?*

De amor y de mierda—quise gritar. Sólo el instinto maternal me detuvo para no mandar al infierno la boda, el besamanos y a todas las palomas del mundo. Aspiré mucho aire y argumenté:

*—No es mala idea, sólo que es un detalle muy gastado y sé que tú puedes inventar algo más original. Vamos a pensar en otra cosa.*

Afortunadamente, a los pocos minutos llegamos a la casa y cada cual volvió a ocuparse de sus asuntos.

Durante mi ausencia del fin de semana, las palomas hicieron un nido, pusieron dos huevos y cagaron todo lo que quisieron. Me recibieron con un run run de luna de miel y con una aparente ternura que dejaban chiquitita a Bette Davis en sus escenas de perversión.

Escoba, mapo y manguera dejaron todo nuevamente en orden y esta vez juré que para siempre.

El veneno para ratas se mezcló deliciosamente con el maíz picado y un toquecito de azúcar. Lo revolví

lenta, ceremoniosamente, con mano suave pero firme. Poco me faltó para probarlo. Busqué en la cocina unos monísimos platos de cristal y dispuse el banquete. Cerré la puerta de cristal protegida por el papel 3M, arrimé una butaca, me serví una copa de vino tinto y me senté a esperar. Tenía todo el tiempo del mundo. Cuando los platitos se vaciaron, me serví otra copa, me quité toda la ropa y salí a la terraza.

La paz regresó a mi espíritu; me reintegré a la rutina diaria y ayudé a mi hija en todo lo que se le ocurrió inventar para que su boda fuera la envidia de todas sus amigas. Al finalizar la semana, una espléndida mañana, la vi desfilarse hermosa e inmaculada hasta la iglesia.

La ceremonia transcurría solemne, impresionante bajo los acordes de las notas gregorianas. Llegó el momento de la suprema comunión; el sacerdote levantó la hostia e invocó la presencia del Espíritu Santo. La respuesta no se hizo esperar. Una banda de palomas blancas irrumpió en la iglesia desfilando, en perfecta formación, por la nave central, hasta el altar donde la pareja permanecía arrodillada. Allí formaron un halo de luz sobre sus cabezas y ante el silencio reverente de la concurrencia, traspasaron puertas y ventanas, esta vez entonando un cántico jubiloso.

Aquel día me reconcilié con todo lo creado.

*(diciembre de 1997)*

## El Camaleón

Se llamaba Gregorio Irizarry, pero sus conocidos le decían Goyo y otras cosas más que a él le tenían sin cuidado, o por lo menos no lo daba a demostrar. Caminaba siempre con la misma parsimonia, casi reverentemente, tratando de que pasara inadvertida aquella figura alta, delgada, de color blanco amarillento en cuyo rostro de Cristo de Viernes Santo, sobresalía un bigote negro de cerdas duras y unos ojillos escrutadores, pero bondadosos.

Era de ese tipo de personas a quien todo el mundo clasifica como "buena gente"; para los más, "un alma de Dios". No tenía un empleo fijo pero se le consideraba un hombre culto. Su padre había sido por muchos años el juez del pueblo y su madre, una maestra rural dedicada y devota. Este ambiente hogareño le había puesto en contacto con los libros y desde muy joven hablaba de obras y temas tan extraños, para la mayoría de la gente del pueblo, como los postulados de la Revolución Francesa, "Moral Social", de Hostos, "El capital" de Karl Marx y el control de la natalidad, entre otros. La mayoría le escuchaba sin emitir opinión alguna y no pocos pensaban que tenía alguna tuerca floja en el cerebro. Sin embargo, dado su carácter de buenazo y su actitud respetuosa hacia grandes y chicos, nadie se burlaba de sus propósitos didácticos.

Solamente Pascual tenía un criterio distinto. Al verlo pasar murmuraba:

*- ¡Samacuco!*

Pascual era el bobo del pueblo. El oficio que la titerería le había encomendado, era el de sostener los postes del alumbrado eléctrico.

*- Pascual, aguántalo que se nos cae encima.*

Y el pobre infeliz estaba allí durante horas, bajo la canícula del mediodía, realizando una labor que él consideraba muy heroica y la cual no abandonaba hasta que el hambre y el cansancio le obligaban a tumbarse allí, al lado del poste, expuesto a las inclemencias del tiempo y a los autos que le pasaban raspando por el lado.

Goyo era amante de los niños. Tenía facilidad para el trato con ellos; les orientaba respecto a la importancia de aprender, de educarse, de cómo la lectura amplía los horizontes del hombre; insistía en que los puertorriqueños debíamos conocer nuestro devenir histórico para que no nos cogieran de mangó bajito. Todos los muchachos pensábamos que los maestros debían ser así, como Goyo, que enseñaba como "de jugando" y no como aquellas viejas estiradas y avinagradas que no hacían otra cosa que amenazarnos con enviarnos a la oficina de la Principal cada vez que hacíamos alguna tontería.

Una tarde le vi llegar con su camisa al viento y su mirada triste. Acostumbraba salir de cacería con mi Viejo; el deporte los acercó y la amistad hizo que su presencia en nuestra casa fuera frecuente y esperada con cariño. Esa tarde, mi hermana y yo hacíamos las asignaciones escolares y Goyo observó que mi hermana mayor escribía horriblemente con su mano izquierda.

*- Los zurdos no van al cielo mija. Yo te voy a enseñar a escribir como Dios manda.*

Desde ese día se dio a la tarea de entrenarla en el uso de la mano derecha. Su hermosa caligrafía de hoy se le debe a nuestro amigo, así como el amor a la lectura que él despertó en nosotros.

Sin embargo, a pesar de su amor a los niños y de su apego a la familia, nunca se le conoció mujer alguna. Cuando alguien insinuaba sutilmente la posibilidad de buscar una pareja, él, invariablemente contestaba:

*- Ustedes no lo saben pero yo vivo entregado a una que me absorbe y que me necesita; una que es la más grande, generosa y abnegada de todas; una a la que no le puedo fallar.*

A pesar de tan grandes elogios a la que suponíamos la dama de sus sueños, nunca supimos su nombre. Es decir, lo supimos por lo que ocurrió después.

Aquel lunes 30 de octubre nos despertamos alarmados por las noticias que transmitía la radio. Hablaba el locutor sobre un choque armado en Peñuelas, aseguraba que los nacionalistas habían capturado a Jayuya y que en Ponce, Mayagüez y otros pueblos de la Isla se habían levantado en armas. Señalaba también que el Gobernador Muñoz Marín había alertado a la Guardia Nacional luego de un ataque a la Fortaleza en el cual resultaron muertos algunos de los atacantes.

Para nosotros, nacidos y criados en un pueblo pequeño donde la única violencia física, que habíamos presenciado, se limitaba a los empujones que la policía le daba a los borrachos consuetudinarios, para llevárselos a dormir a la cárcel o las carreras que daban, de vez en cuando, a los que jugaban topos con apuestas de cinco y diez centavos, pensa-

mos, y con razón, que una nueva guerra había comenzado y que ahora sí que la teníamos bien cerca. De la Segunda Guerra Mundial, sólo teníamos la vaga noción de un plato de marifinga a falta del acostumbrado arroz con habichuelas.

Nuestra alarma fue en aumento cuando la policía llegó a nuestra casa a incautarse de la escopeta del Viejo. Todos en el pueblo sabían, que mi padre sería incapaz de atacar deliberadamente a persona alguna y que su afición a la cacería, lo había hecho muy amigo de los viejos republicanos del pueblo a quienes acompañaba a los montes, en la búsqueda de aquellos pichones con los cuales mi madre aderezaba la mesa y aliviaba el bolsillo.

No obstante, se llevaron su escopeta, y aunque se la devolvieron un tiempo después, la experiencia nos puso en contacto, por primera vez, con la represión y el miedo. Ese día no asistimos a la escuela (en realidad fue la única alegría que tuvimos) pero aprendí, a través de los noticiarios, que en Puerto Rico había un grupo de personas a los cuales llamaban nacionalistas, capitaneados por un líder con el nombre de Albizu Campos y que todos juntos luchaban por la independencia de Puerto Rico. En la escuela, nunca me hablaron de estas cosas, quizá porque aún estaba en los grados elementales, pero cuando le pregunté a la maestra sobre los sucesos ocurridos, me respondió que no hablara de esas cosas si no quería meterme en problemas.

Mis dudas se aclararon al atardecer del día siguiente. Las noticias hablaban, ahora, de la detención de cientos de sospechosos involucrados en la revuelta. Muchos eran detenidos, arrestados y sus casas registradas en busca de armas o cualquier material de propaganda por inocente que pareciera.

Goyo llegó a nuestra casa transfigurado, con su cara

de Viernes Santo. Mi madre le ofreció café y procedió a darnos lo que para él sería su última cátedra. Para mí, ésta marcó el inicio, fijó el rumbo de un camino, que pese a las fuertes marejadas de la vida, me ha ayudado a capear muchas tempestades. Me explicó con su don de gentes y su paciencia infinita, que a veces los hombres tienen que tomar medidas drásticas, cuando algunos de sus congéneres son ciegos y sordos a la razón, cuando atentan, al hacer sus leyes, contra aquellas legítimas de la naturaleza. Me explicó, que el vocablo nacionalista, utilizado en forma tan despectiva, era bueno si se aplicaba a los dominantes, pero malo si se le adjudica a los dominados y oprimidos; que se les llama héroes a los que "triumfan" y detentan el poder; los otros, aunque defiendan la verdad y la justicia, son locos e idealistas. Me estimuló a respetar a los hombres y mujeres por su autenticidad, por la defensa de sus ideales y sobre todo, me enseñó a identificarme con los míos, a profundizar en mis raíces y a inculcar a los menos afortunados, el deseo de conocer cada día más, para evitar que nos metan gato por liebre.

Lo que no me dijo Goyo fue, que esa sería nuestra despedida. Lucia triste pero no despertó sospechas; su rostro fue siempre el de mártir acostumbrado al sufrimiento. La noticia de su muerte nos impactó más que los acontecimientos de los días anteriores. Nos hubiera extrañado el suicidio, si entre los tesoros guardados en su baúl, no tuvieran lugar preferente una foto gigantesca de don Pedro, la bandera de Lares, numerosos libros en los cuales la independencia y la libertad de los pueblos era el tema predominante, algunas armas en adición a la que se encontró en su mano derecha y un poema, de su propia inspiración, dedicado a la novia, a la dama imaginaria que todos creíamos y a quien él llamó Patria.

Un breve mensaje de despedida a sus amigos y familiares, liberaba de toda responsabilidad a cualquier posible sospechoso, recalcando que prefería la muerte a ser encarcelado, por defender lo que él consideraba sus más nobles ideales.

A pesar de haber sido un fiel creyente y un ciudadano ejemplar, la Iglesia Católica declinó darle los últimos sacramentos. Pocos le acompañamos a su última morada; la mayoría, atemorizados de que les creyeran simpatizantes de "aquel loco comunista," vieron pasar el Cortejo fúnebre a través de las rendijas de las ventanas. Solamente Pascual, al pasar a su lado, se atrevió a señalar:

*- Yo se los dije, ése era como el camaleón.*



## El pan nuestro de cada día

*A la memoria de Manuel González*

Fije era afortunado en el amor. Por lo menos, a la sazón, vivía con tres mujeres; todas juntas y revueltas, estilo harén, galán de película, que no es lo mismo ni se escribe igual. A la última de ellas se la llevó a son de música de machina y con fanfarria de fuegos artificiales.

La empresa no había sido difícil; Mencha estaba harta de fregar pisos, de cocinar para otros, de alimentar, bañar y limpiar el culo a todos los renacuajos que su patrona paría cada año. Fije se apareció un buen día, requerido por sus patrones para una encomienda muy particular y así se conocieron. Le habló el galán de sus aventuras como militar en la Segunda Guerra Mundial, de su desgracia por haber perdido un ojo en el desempeño de su deber, del reconocimiento de que fue objeto—casi como un héroe—y de la jugosa pensión que el glorioso ejército de los Estados Unidos le había concedido para que viviera desahogado por el resto de su vida. Que Mencha no se confundiera por el hecho de verlo ahora trabajando en un oficio poco estimado por muchos; en realidad su labor era mucho más importante que la de ciertos funcionarios públicos de gran renombre y pocos frutos.

Pero lo cierto era que Mencha escuchaba boquiabierta los relatos de Fije sobre las europas visitadas durante la guerra, unas europas que entremezclaban graciosamente las delicadezas de las japonesas con las estepas rusas y las junglas africanas. Para ella ese mundo fabuloso había estado vedado; en sus

casi treinta años, sólo había visto corrales de puercos, muchachos llenos de mierda, enormes trasteras que fregar y vestidos usados que había que ajustar a sus enormes caderas. Aunque Fije era ya un cincuentón, ella era fuerte y trabajadora; emprendería la aventura con bríos y con el auxilio de la jugosa pensión que Fije devengaba del glorioso ejército del norte. Lo que la cándida paloma no se imaginaba era que el tálamo iba a ser compartido con otras dos matronas que le precedieron en el "señorazgo" de la casa y con aquel personaje a quien Fije presentó de la forma siguiente:

*—Este es Moroño, más que mi amigo, mi hermano. Cuando yo no esté en la casa, él me representará en todo lo que sea necesario. Estarás en buenas manos.*

Todo quedó dicho. Mencha se acomodó a aquella extraña convivencia. Si bien no era lo que ella esperaba en cuanto a comodidades materiales se refiere: por otro lado, era tratada con gran deferencia tanto por las otras dos concubinas como por los dos galanes. Pudo comprobar, además, cómo atesoraba Fije el valor de una gran amistad.

Moroño había sido su compañero de luchas; juntos desafiaron, en innumerables ocasiones, el hambre, la PELONA y las malas rachas. Las niguas y las chinchas fueron testigos de las jumás que sudaron en la misma colchoneta, tálamo común de sus comunes compañeras, quienes no sentían reparo alguno en desplegar sus favores entre los dos Rubirosas de callejón. Sus respectivos hijos, que a temprana edad habían abandonado el hogar, no discriminaban respecto a la paternidad de uno y otro,

como si fuera lo más natural del mundo que en aquella casa reinara el socialismo en su forma más depurada. Cuando uno u otro era encarcelado por robarse una gallina o pasársele la mano en los tragos y observar una conducta impropia, el otro dormía la mona a las puertas de la cárcel hasta que el guardia, harto de ver la misma escena tan a menudo, les echaba de allí a patadas maldiciendo la suerte de que en aquel pueblo nunca ocurriera un suceso "decente" que ameritara el buen ejercicio de sus funciones de guardia palito.

En una ocasión tuvieron la oportunidad de poner a prueba aquella amistad. Había una sola cosa en la que diferían: Fije era un republicano a pie pisao; uno de aquellos incondicionales del alcalde a quien le debía el favor de haberle dado como recompensa, por un trabajito realizado, una destartalada bicicleta, vehículo que le había facilitado más de una conquista amorosa. Cuando le preguntaban la causa de su afiliación política, era suficiente para él señalar que el señor alcalde, en una ocasión, le había llamado su amigo. Lo demás bastaba y sobraba.

Por otro lado, Moroño era muñocista de los del corazón del rollo. Cada vez que se anunciaba en el pueblo un mítin de los populares, Moroño barría las calles, cargaba sillas, claveteaba la tarima desde donde habrían de dirigirse al pueblo los distintos oradores. Cual un junglar moderno, anunciaba, de barrio en barrio, tan magna ocasión exhortando a todos los buenos populares a apoyar a sus líderes y a presentarse ese día, como lo haría él, de rojo y blanco, con la insignia de la pava en alto. Precisamente, un día en que el máximo líder de su Partido visitaría el pueblo, de paso por el área suroeste, Moroño se enfermó. El día antes, después de realizar un trabajito en una casa particular, la dueña de

ésta le obsequió unas sobras de lechón asado y no se sabe si por el mal estado de la carne o por la poca costumbre de su estómago a relacionarse con esa exquisiteces; lo cierto es que las diarreas lo dejaron tan flojo de intestinos como de piernas y no podía sostenerse en pie.

La muerte hubiera sido preferible a no poder atender a sus deberes patrióticos en momento tan importante. Lloroso y acongojado, acudió a Fije. Amigo —le dijo— lo que voy a pedirte sé que es el mayor sacrificio que puedo esperar de ti; pero si de veras me aprecias, te ruego que repartas las banderas de la pava por los barrios, que tires las hojas sueltas anunciando el magno acontecimiento y que me representes en la primera fila frente al templete.

Si le hubiera mentado la madre, a lo mejor Fije le hubiera dado un abrazo. Por el contrario, maldijo; salieron de su boca sapos y culebras hacia todos los populares juntos; se cagó en la madre de todos aquellos comunistas; tronó contra todos aquellos malagradecidos que debían besarle el culo a los americanos y que a la hora de la verdad se le iban en contra; a todos aquellos que a los sucusumuco le cogían los chavos y luego hablaban pestes de ellos. Fije seguía con su perorata y Moroño sudada a mares. Casi agónico, esperó a que su amigo se desahogara; lo conocía bien y sabía que, pese a todo, le daría la mano.

En efecto, así fue. El amigo nunca sabría lo que significó para el otro bajar la guardia, tragarse su orgullo y repartir banderas populares; soportar el mítin de principio a fin y peor aún, aguantar las cuchufletas de los que sabiéndolo republicano, lo veían ahora como un traidor.

Aquel heroico sacrificio los unió aún más; el incidente fue olvidándose poco a poco y el trabajo ocupó sus días y sus noches.

Sobre todo sus noches. Porque es bueno que sepan que el trabajo de estos distinguidos ciudadanos se realizaba, en la mayoría de los casos, en horas de la noche. Era ésta cómplice de la contaminación de arroyos y quebradas y de la fetidez esparcida por todo el lugar cada vez que se llevaba a cabo el vaciado de un pozo séptico. Tal vez habrán adivinado ya que nuestros protagonistas se desempeñaban dentro de la honorable profesión de morrocollos, profesión que ellos consideraban como algo respetable, casi patriótico, si no, que lo atestiguaran los grandes ricachones y las delicadas señoras a quienes Fije y Moroño hacían el favor de vaciarles los pozos cada vez que la situación lo ameritaba. Ciertamente ellos eran personajes importantes en el pueblo, imprescindibles si se quiere. Sólo había que ver con el empeño que los buscaban aquellas estiradas damitas que apretaban su delicada maricita incapaces de soportar la fetidez de los ricos manjares que habían saboreado unas horas antes y que ahora flotaban en el patio de sus casas convertidos en vulgares excrementos. Eso no impedía que una vez terminada la faena y éstos recibieran como retribución unos miserables pesos, la misma damita que buscó afanosa sus servicios, sintiera la necesidad de retirarse al excusado acuciada por el asco que le producía ver a los morrocollos en el ejercicio de su profesión.

Precisamente uno de aquellos contratos provocó el cisma de lo que hasta entonces había sido una estrecha amistad y una feliz convivencia. Todo sucedió cuando el pozo del licenciado hizo erupción precisamente el día de la visita al pueblo del líder de su Partido quien junto a otros distinguidos miembros del mismo, se reunirían en su casa para trazar la campaña que con todo seguridad lo llevaría a la

Alcaldía en las próximas elecciones. Desesperado por la situación, corrió en busca de Fije, con tan mala pata de que éste se encontraba prestando sus servicios al señor cura—que también éste tiene sus necesidades—. La urgencia del caso lo hizo recurrir a Moroño quien no obstante ser un popular reventao, era la única alternativa.

Moroño recogió sus implementos de trabajo y se dirigió a la casa del Lice. Acababa de iniciar su tarea cuando se presentó Fije. Este había regresado a la casa y enterado de la necesidad del licenciado, se dirigió allí inmediatamente. Moroño le vio llegar descompuesto por la ira.

*—¡Este contrato era para mí! ¡Sal de ahí ahora mismo! El licenciado es mi cliente y tú lo sabes.*

De primera intención Moroño no hizo mucho caso de sus bravatas creyéndolo algo pasajero, pero Fije parecía fuera de sí; al ver que su compañero se proponía continuar con su tarea sin prestar mucha importancia a sus reclamos, se armó de una pala que descansaba al borde del pozo en espera de su ingrata tarea y en actitud amenazante le sentenció:

*— ¡La amistad pal carajo; si tocas un mojón de esos nos comemos canto a canto! Eso que está ahí —y señalaba los excrementos que flotaban por el patio— ¡Esa es la comida de mis hijos y la voy a defender a como dé lugar!*

## El regalo de bodas

*"...Y comprendía, ahora, que el hombre nunca sabe para quién padece y espera. Padece y espera y trabaja para gentes que nunca conocerá y que a su vez padecerán y esperarán y trabajarán para otros que tampoco serán felices, pues el hombre siempre ansía una felicidad situada más allá de la porción que le es otorgada".*

(Alejo Carpentier en "El reino de este mundo")

Marilda había rebasado ya esa edad en que ni se es tan niña para entregarse a una aventura sin sentido; ni se es tan vieja como para no aspirar el goce pleno de la carne y el espíritu. Es decir, acababa de cumplir sus treinta y cinco años; gozaba de independencia económica gracias a su profesión de secretaria ejecutiva y su aspecto físico resultaba atractivo al sexo opuesto. Sin embargo, ninguno se decidía a hacerle una propuesta seria. Ciertamente es que había tenido sus aventurillas, pero éstas, en lugar de tranquilizarla, la acuciaban más el deseo de algo seguro y permanente. En su trabajo, algunos compañeros le habían hecho repetidas insinuaciones, pero ella sabía que no había futuro en tales acercamientos; la mayoría estaban casados o vivían en pareja; otros observaban una conducta dudosa y ella no estaba dispuesta a arriesgarse. Si había esperado tanto, no iba a exponerse a que le saliera el tiro por la culata. Por otro lado, a pesar de desenvolverse la esperanza de conseguir el prototipo de marido tradicional: uno maduro, responsable, que

estuviera dispuesto a casarse y que, sobre todo, fuera macho de veras.

Como mujer moderna y pragmática, decidió hacer caso omiso de aquello de que "casamiento y mortaja del cielo bajan" y optó por abogar por su propia causa. Se inscribió en algunas organizaciones en las cuales se aseguró de la presencia del elemento masculino; se matriculó en un gimnasio cuya membresía estaba representada por ambos sexos y corría por las tardes en el Parque Central pues una amiga le había comunicado que por allí acostumbraban ejercitarse algunos caballeros a quienes les preocupaba mantener activa su potencialidad física y que éstos eran un buen blanco para su objetivo.

Precisamente, en aquel lugar, conoció a Juan Manuel. Salía de las duchas, luego de una estimulante sesión de aeróbicos, cuando él le preguntó si por casualidad no había visto unos espejuelos que se le habían perdido. Le respondió que no, pero le propuso buscarlos juntos y así comenzó una bonita amistad.

Supo que Juan Manuel era un hombre de unos cuarenta y cinco años; que su mujer le había abandonado luego de darle un hijo; que disfrutaba de una desahogada posición económica, buen empleo, bien remunerado, casa propia, automóvil; todo esto, unido a una estampa física todavía apetecible, eran características que cuadraban perfectamente dentro de las proyecciones de Marilda.

Pero lo más importante, era que Juan Manuel parecía disfrutar también de su compañía: corrían juntos, conversaban de diferentes temas, salían a cenar y a bailar ocasionalmente y llegó el momento en que la compañía de uno era indispensable al otro.

Para darle más formalidad al asunto, Marilda insinuó que él debía conocer a su familia a lo que él accedió de muy buena gana. Este detalle, unido al hecho de



que el hombre nunca forzó una relación de carácter íntimo, inclinaron a Marilda a pensar con mayor fuerza en las "buenas intenciones" del hombre. Cuando le propuso matrimonio, sus aspiraciones se vieron plenamente colmadas. Las carreras por el Parque estaban por concluir; la meta estaba cercana.



Fue una ceremonia matrimonial acorde al método tradicional: petición de mano, rito religioso sin faltar el traje blanco con velo y corona; celebración por todo lo alto, brindis por la felicidad de los novios y el presagio de una venturosa luna de miel que debía cerrar una etapa de su vida y abrir muchas otras.

El único detalle que se obvió fue el viaje de bodas o la posibilidad de pernoctar en un hotel la primera noche. Juan Manuel había preparado, con todo esmero, una hermosa habitación matrimonial en aquella casa que Marilda nunca visitó pero que imaginaba acorde a la recia personalidad de su dueño. La decisión le pareció la más adecuada y el hecho de tomar posesión de su nuevo hogar lo antes posible, reafirmó su confianza en aquel hombre. Al entrar en ella, en brazos de su marido, agradeció a la suer



La habitación en penumbras invitaba a la entrega voluptuosa. La emoción de las últimas horas vividas, junto a los efectos del champán, la envolvían en una especie de nube que la hacía flotar en el espacio. De pronto, se sintió atrapada por una garra poderosa que la arrastró hacia el lecho nupcial. Se consideró dichosa ante aquel ataque fuerte, viril, que la transportaba a sus ancestros cavernícolas. La có-

pula, repetida, intensa, le garantizaba que tendría hombre para rato y se entregó ansiosa, hambrienta, hasta que el cansancio la entregó al sueño.



Abrió los ojos estremecida aún por la pasión experimentada sólo unas horas antes. La mirada ardiente y agradecida de sus ojos, al voltearse, para acariciar con ella a su pareja, se trocó en una de asco y terror. A su lado, el rostro lleno de baba y acariciando aún el miembro viril, un mocetón de inconfundible aspecto retardado, descansaba plácidamente. Cuando pudo reaccionar e intentaba salir de la habitación, entró su flamante marido quien se dirigió al mocetón, le besó amorosamente y le dijo:

*—Ya no tendrás que sufrir más el desprecio de ninguna mujer; ahora tienes una hembra sólo para ti.*

Mientras, la mujer, semiparalizada, lloraba silenciosamente, el bobo palmoteaba como niño en día de feria.

*(20 de diciembre de 1997)*

## Los dos amigos

Pascual era lo que se dice comúnmente un alma de Dios, tanto que su mujer le repetía constantemente, que lo único que iba a obtener, de ganancia, en esta vida, era un montón de gente en su entierro. Y en verdad era un hombre tranquilo, cumplidor, trabajador incansable a pesar de su figura delgada, casi esquelética. El gris metálico de sus ojos, contrastaba con aquel gesto dulce y apaciguador que tantos amigos le había ganado en aquel pueblo pequeño donde le tocó nacer.

Uno de estos amigos era Fermín, compañero inseparable de sus breves escapadas a la gallera, al cafetín o a las improvisadas jugadas de dominó bajo la luz del poste de la calle principal. En realidad, nadie se explicaba tan estrecha amistad entre dos seres tan dispares, pues aquel Fermín pependenciero, mujeriego y presuntuoso del apellido de sus antepasados, poseía, además un recio corpachón que de blanco se tornaba rojizo por el efecto de sus continuas borracheras.

En realidad, en lo único en que Pascual superaba a Fermín, era en una magnífica puntería que lo distinguía como uno de los mejores cazadores de la región. Cuando en una que otra ocasión salían de cacería, invariablemente Pascual regresaba con una ensarta de tórtolas, patos o cualquier otro animal del monte. Fermín, por el contrario, sólo bajaba con su carabina al hombro mientras que con su conocido desparpajo, comentaba:

*—Tengo que reconocer que en eso de disparar, este flaco es una jodienda.*

Y la excursión siempre acababa en una comelata en la que Pascual ponía lo cazado, su mujer lo cocinaba y Fermín comía y bebía a pata suelta.

Y es que no obstante su fama de fanfarrón, Pascual le admiraba tanto que le hizo su compadre, apretando aún más, el lazo de una relación que había comenzado en la niñez, creció con la mocedad y maduraba en la adultez.

Precisamente y amparado en esa confianza que ofrece una sólida amistad, una madrugada, Fermín tocó a la puerta de su amigo. Pascual, adormilado, le abrió para recibir, sin preámbulos y a boca de jarro, más que una noticia, la siguiente orden:

*— Pascual, necesito tu ayuda. Acabo de matar a mi mujer y tienes que ayudarme a enterrarla.*

Pascual escuchó la proposición sin hacer un gesto; acabó de vestirse, echó un poco de agua fría sobre su rostro y le acompañó hasta el patio de su casa. No quería despertar a su mujer y a sus hijos, pero aparte de eso, necesitaba tiempo para asimilar semejante petición. Fermín era su mejor amigo, su compadre, juntos habían pasado las malas y las peores. No podía negarle su ayuda. Por otro lado, no le preguntó por qué había hecho semejante cosa. Algo en su interior le decía que si ahondaba en la cuestión, no podría ayudarle en sus propósitos. Optó por discutir cómo y dónde sepultarían el cadáver tratando de obviar el hecho de que se trataba del cuerpo de su comadre. De sus abstracciones le sacó Fermín:

—*Apúrate, no hay tiempo que perder. Ya ahorita amanece y debemos aprovechar la oscuridad.*

—*Está bien, no me ajores, ripostó Pascual. Debemos pensar en el lugar en que vamos a enterrarla y buscar las herramientas necesarias.*

—*Por eso no te preocupes, ya tengo todo dispuesto. La enterraremos aquí, cerca de tu casa, junto a la quebrada. En el baúl del carro, junto al cadáver, tengo un pico y un litrito de ron. Entre palo y palo, acabaremos con esto sin darnos cuenta, señaló Fermín.*

—*Parece que se tratara de una juerga más. ¿Ni siquiera se te mueven las tripas de pensar que vas a enterrar a tu mujer como un perro, sin ataúd, sin ceremonia alguna?*

—*¡Déjate de pendejadas! No es el momento de pensar en esas cosas, pero si quieres, para que no te sientas mal, dejaré que le reces un padrenuestro y un avemaría, una vez que hayamos apisonado bien la tierra sobre ella, no sea que se le ocurra volver para acá.*

Pascual no hablaba; aquel desenfado de su amigo con respecto a un asunto tan serio, había empezado a revolverle el estómago. Recordó con cariño a Carmela, su comadre; los años que habían compartido las dos parejas, las veces que ésta había cuidado de sus hijos cuando su mujer enfermaba o estaba de parto. Intentó despertar en su amigo un destello de compasión, de arrepentimiento al menos. Se atrevió a comentar:

*—Carmela fue una buena mujer. Nunca olvidaré la bondad con que nos trató siempre y las muchas pocasvergüenzas que tuvo que aguantarte.*

La respuesta de Fermín sonó como pedrada sobre un ataúd.

*—Era su deber; para eso son las mujeres, para obedecer al marido, para cocinar y para calentar la cama.*

La figura esquelética de Pascual pareció inflarse al responder:

*—También tu madre es una mujer.*

No supo de dónde ni por qué le salió la expresión; sólo sintió que por mucho tiempo había estado guardando algo que le hacía mucho daño: burlas, humillaciones, la sensación de haber hecho el ridículo ante aquel guapetón de barrio amparado por el manoseado apellido familiar, apellido que sacaba a relucir cada vez que las autoridades intentaban castigarlo y sólo se quedaban en el intento. Se vio a sí mismo más esmirriado que nunca, pero le ardían las orejas y un leve temblor empezaba a sacudirle los huesos.

Las palabras de Fermín lo sacudieron de nuevo:

*—No metas a mi madre en esto. Sólo hablas estupideces. No tienes carapacho para hacer nada que valga la pena.*

---

—*¡Pero soy bueno para ayudarte en esta faena!*

—*La verdad es que eres un infeliz bueno para nada. Estoy seguro que si tu mujer te la pegara, no tendrías los cojones para hacer lo que yo hice.*

Pascual agachó las orejas, dobló su esquelética figura como perro apaleado y subió a su casa.

Lo último que vio Fermín fue el tubo de la escopeta de repetición.

En el cafetín de la esquina, el grupo de amigos, trasnochados, se quedó esperando el resultado de aquella apuesta en la que Fermín probaría que la amistad de Pascual era capaz de superar todas las pruebas.

*(diciembre de 1997)*





## "Se hace camino al andar"

Yo soy el camino. No aquél por donde se llega Allá, sino éste, polvoriento, tortuoso, que trepa a los montes, que se descuelga por valles y llanuras; éste que a veces se convierte en vereda indiscreta figoneando intimidaciones. Éste, que es en ocasiones atrecho umbrío; cómplice de inocentes travesuras o de masturbaciones eróticas; unas veces roca viva, punzante, caliginosa; otras, caminando camino, orinando la bilis de siglos me convierto en muladar, descendiendo al fango ancestral de mi origen, para resurgir de nuevo, purificado por el soplo de Aquél que de mi polvo hizo hombres.

Otras veces me ensancho; tanto que me confundo con uno y mil caminos distintos. Pierdo el rumbo y galopo desbocado dejando innumerables cicatrices a mi paso. Cada una de ellas me lleva a algún lado y a ninguna parte. El hombre me confunde. A mi lecho natural de tierra, rocas, vegetación, sudor y sangre, lo cubre con una masa indecente y viscosa que me ahoga. Me impone rutas y fronteras forzando mi libre albedrío; me dibuja líneas que estrangulan ese trotar alegre, pausado unas veces, desenfrenado otras, delatando mi estado de ánimo. Porque yo tengo alma: pisoteada, mancillada, escupida, estercolera y todo lo que quieran, pero la tengo. ¡Dios Santo! Si supieran todo lo que he visto y vivido. Dejen que les cuente.

Entre mis vagos recuerdos de camino joven, evoco sobre mi lomo el trotar alegre de brutos inofensivos y el roce tibio de unos pies menudos, morenos y descalzos trazando rutas al azar. Les llevaba sin

rumbo, explorando con ellos, aquella explosión de naturaleza provocativa, sensual y virgen a la vez; descubriendo aquí una flor exótica, allá una ceiba milenaria, adusta como centinela. Mi ruta era siempre nueva, misteriosa; no llegaba a lugar determinado; no tenía prisa. A menudo me salía al paso un coquetuelo arroyo, una sinuosa quebrada provocándome con sus femeninas curvas o un "río hombre", macho, duro y poderoso que fríamente me cortaba en dos, me restregaba el polvo del cuerpo, y una vez limpio, me depositaba en la orilla opuesta para continuar mi trayectoria.

La más de las veces, me entretenía bordeando colinas; otras, me deslizaba en carrera desenfrenada para ser detenido abruptamente por una barranca que frenaba mis impulsos y en represalia, me reducía a una estrecha vereda, que lejos de constituir una afrenta, me permitía merodear por aquellas grutas, invioladas aún, por la porquería humana.

Los pasos morenos y descalzos no me abandonaban en mis excitantes aventuras. En millares de ocasiones les acompañé hasta la sombra de la hamaca en los yucayeques. Allí me echaba como perro fiel, para luego del sosegado descanso, guiarles en sus cacerías por los montes o conducirles a las cuevas sagradas de los cemíes tutelares. Con ellos subí al Yuquiyú a implorar a Juracán que aplacara su ira; con ellos me confundí en la polvareda de la guasábara y en ocasiones burlé al fiero caribe, desviándolo de su codiciada presa. Con generosa fecundidad me ensanché en el batey para la celebración del areyto, abriéndole nuevas rutas en la perpetuación de su tradición e historia.

Con ellos bajé a la playa, aquel inolvidable día en que unos hombres pálidos y barbudos, sin quererlo o sin saberlo, iban a torcer mi rumbo para siempre.

Desde el momento en que bajaron de aquella rara embarcación, pesaron sobre mi lomo los clavos de sus botas e hirieron mi costado una cruz y una espada. Tras ellos, unos terribles animales, con metal en sus patas, me torturaban sin piedad. ¡Eran tan pocos! Pero ni Juracán, en toda su furia, hizo tantos destrozos. Los pasos morenos dejaron de acompañarme; a casi todos los apresaron en encomiendas. Les privaron de mi ruta sin fronteras y a mí me limitaron, me mutilaron, me impusieron la monotonía de un rumbo fijo al que primero enlodazaron y luego reventaron a pedradas. Lo más doloroso del caso es que muchas veces, la argamasa del empedrado estaba salpicada de la sangre de unos hombres negros que llegaron poco después. Sin quererlo, he mezclado mi polvo con su sangre, pero me fui acostumbrando. Con el paso de los siglos, otros hombres, nacidos y criados aquí, aunque hijos de los blancos y de los negros que llegaron después, me rescataron del olvido; le dieron un nuevo sentido a mi vida. Resultó que, a escondidas y burlando la Guardia Civil, conduje a un grupo de patriotas a través de los montes de Lares y San Sebastián para proclamar la República de Puerto Rico. Entonces volví a creer que tenía sentido mi existencia. Les dí protección y asilo y esta vez me bañó sangre de patriotas. Recordé entonces al "río hombre", al "hombre río" que me partía en dos, me purificaba y me devolvía sano y salvo a la otra orilla.

¡Y otra vez, hombres extraños profanaron mi santuario! Esta vez no fueron las botas ni las espuelas las que rasgaron mi piel, sino la embestida brutal y cañonera de unos ídem que plantaron bandera rompiéndome la espina dorsal. Me ahogaron de cemento por la costa y la Cordillera y me prostituyeron, utilizándome en su penetración asimilista. Me sem-

braron de lentejuelas como a una puta barata e hicieron creer a muchos, que esparcían polvo de oro.

—Pero los que aún creían en mí; los que sabían que era yo el único Camino, acompañaron al Maestro de Ponce por rutas amargas y sembradas de riesgos; regaron con sangre joven una ruta de Maravilla; me siguieron en el Grito; fueron masacrados en Ponce, tiroteados en Jayuya, perseguidos por los Becerrillos de turno; han abonado con sangre, sudor y lágrimas todos los senderos del terruño y cual tributarios, me nutren y me dan vida. ¡Porque yo soy el Camino!

